

EL MITO Y EL TIEMPO ENTRE LOS YU'PA

Alex Lhermillier

Nelly Lhermillier

*Membres Associés du CIET., ULA, Mérida
et d' E.R.A.S.M.E, E.H.E.S.S., Paris.*

Hacia el oeste del valle Harahami, río arriba, más allá de Muchísimo, la tierra de Martín y de su familia, el sol se acuesta, bordando de un rojo luminoso los contornos de unas gruesas nubes negras, inofensivas para nosotros.

El día se está acabando sobre la meseta que domina majestuosamente la tierra de la pequeña comunidad de Samamo. Afuera, delante de la casita de Carlito, charlateando, tres mujeres preparan la comida de la noche. Pelan malangas y cambures y después las depositan sobre la brasa ardiente de los tisonos rotos.

En Capitán, en Wamo y Tuario se prepara el mismo reparto. Lo atestan unas livianas columnas de humo que suben nerviosas y rectas en el aire.

Es así cada atardecer en esta temporada, antes de que se extienda la sombra de la noche, dejando aparecer, unas tras otras, las estrellas en el cielo y los fuegos sobre la tierra.

El tiempo pasa, apuntado y pintado de palabras y fragmentos de risa. Hechos y proyectos tejen el gran misterio de la vida en esos lugares.

Las espaldas apoyadas en la pared de adobe, todavía tibia de sol, sentados sobre unos trozos de madera, esperamos, intercambiando palabras con Carlito, Isaías y Jesús, felices de

encontrarnos nuevamente después de un día de labor que nos llevó todos hacia horizontes distintos.

Para nosotros y para ellos, esta cita informal que nos hemos dado, es un momento privilegiado, casi una pequeña ceremonia muy especial, rica y llena de emociones.

Atentos a nuestra presencia entre ellos, los habitantes de Samamo, y más que todo los ancianos tomaban, con placer evidente y un gran interés, nuestras preguntas, nuestra curiosidad. Nos llevaron algunos en su niñez a través de esos montes, en los valles vecinos, se acordaban de los días de sus padres y de las historias de sus antepasados más lejanos. Recorriendo el laberinto de sus recuerdos y de su memoria me hacían compartir, me daban a probar la última *tuka*¹ de la última *turik*² que nunca más se hará en la sierra – sin embargo y para siempre su tierra. Ellos, los ancianos, lo sabían, son los testigos mudos de un incierto porvenir. Lo decían también sus ojos que llevaban una mirada triste sobre un universo descompuesto.

Rechazados en su edad, nadie, ni siquiera sus hijos, prestaba la menor atención a sus historias, y mucho menos a la mitología, este trayecto fantasmático de su origen primero. Hoy en día, esos mitos hacen sonreír a los que se orientan resueltamente hacia el mundo vecino, la economía nacional.

Entonces, con una volubilidad inagotable, llena de palabras olvidadas, imágenes, onomatopeyas, *crach*, *tuf tuf*,

¹ *tuka*: bebida a base de maíz, llamada **chicha** por los “racionales” (venezolanos criollos).

² *turik*: calabaza muy grande que puede contener hasta siete u ocho litros de chicha. Las mujeres mayores siempre tienen tres que cuidan con mucha atención.

toc, tac, tic, piiiuu, de flechas que atraviesan el aire, ellos volvían hacia los orígenes de su cultura. Así afirmaban las razones de su presencia en esta sierra, con tanta convicción que a veces confundían sus verdaderos antepasados con los personajes míticos. Entonces, en estos crepúsculos, grabando, anotando, reteniendo estas palabras frágiles, las escribíamos para guardarlas como huellas inolvidables de sus existencias.

De esos atardeceres de verano en Samamo o de otras partes en tierra *yu'pa*, de todas estas palabras que estos *yuatpë*³ nos contaban, con sus variaciones, retenemos aquí uno de los numerosos mitos alrededor del tema de la muerte. Ramón Núñez nos ayudó a traducirlo [dejamos las explicaciones que nos dio, entre corchetes]. Para que no sea demasiado largo, suprimimos las frecuentes repeticiones.

Esa historia ocurrió por allá, en los alrededores de la ciudad que hoy se llama La Villa del Rosario, pero que los *Atancha*⁴ llamaban *Ahuhe* o *Ahuheyña*:

Por allá vivían dos hermanos: Kayawachè, el mayor, y Okormi, el menor.

El mayor creía que su hermano estaba enamorado de su esposa, porque esta mujer se pintaba por completo, como Okormi. Y adonde él iba, ella lo seguía, por todos lados; cuando él tomaba tuka, ella también tomaba.

Entonces Kayawachè dijo a los demás hombres que no querían que lo matara:

³ *yuatpë*: anciano de una comunidad que muchas veces se considera como cacique o jefe. Sus palabras tienen , o tenían, mucho ascendiente sobre la población.

⁴ Los *Atancha* son los antepasados.

— *Yo sí voy a acabar con él, voy a matarlo.*

Y mató a Okormi, y el muerto huyó por el monte para no regresar nunca. Andaba tocando flauta shuaprè. Un día la esposa de Kayawachè oyó esta flauta.

— *¿No será Okormi que está tocando flauta? ¿Cómo puede ser? Es mi enamorado que estoy oyendo, él a quien mató su hermano.*

Lo oyó otra vez y hasta logró verlo, pero sólo la parte de abajo del cuerpo. Y como se preguntaba como prodría verlo todo entero, el muerto dijo:

— *No, eso no se puede. No debes mirarme por arriba, sólo en los pies.*

Okormi tenía miedo. Dijo:

— *Voy por allá donde está el fuego. Tu ¡quédate aquí!, no puedes seguirme por allá.*

— *Sí, sí, quiero seguirte.*

— *No. Si vienes conmigo, las llamas acabarán contigo. Quédate aquí a preparar kuhe⁵ de maíz cariacó.*

Se fue y cuando regresó, dijo :

— *Voy por donde los muertos. Puedes venir conmigo si quieres. Por esto te pedí preparar comida, para que comas rapidito. Ahora ¡vámonos!*

Ella se alistó ligerito y los dos se fueron. Okormi dijo :

⁵ Kuhe: hallacas de maíz.

— *Yo voy como el viento. Tú tienes que ir detrás de mí.*
Él andaba como el viento y tenía que pararse de vez en cuando para esperar a la mujer. De noche, ella dormía sola, el muerto desaparecía, como el viento⁶, se iba donde los muertos, quedando con los hereptu, los espíritus. Comía y bebía con ellos, y al amanecer regresaba donde la mujer para despertarla. Ella comía rapidito, y lo seguía, siempre detrás de él.

Más lejos, el hombre, o sea el muerto, tiró una rama. El decía que era una flecha, luego mandó a la mujer a buscar lo que había matado; decía que era un paujil (sic). Pero la mujer dijo que no era un paujil, sino hojas que habían caído en el suelo.

— *No, eso no es hoja, es paujil, contestó él, y siguió su camino.*

Era un paujil, igualito que paujil. Ella tenía que comerlo crudo porque no podía prender fuego. A los muertos no les gusta el humo. Entonces tenía que comer todo crudo.
Luego siguieron el camino, ella siempre detrás de ese muerto que andaba como el viento. La mujer siempre dormía en una choza. Hay muchas por allá, las llamamos konochapè, son como amontonado de bejucos. Ella dormía por debajo.

Al amanecer, el hombre la despertaba, tocándola livianito; le decía que se levantara. Ella desayunaba, y después se iban.
Luego el muerto dijo:

⁶ Los Yu'pa piensan que los remolinos de viento son muertos que regresan sobre la tierra. Cuando se levantan algunos, en seguida las mujeres llaman a sus hijos, recogen a los más chiquitos y los guardan en casa porque tienen miedo de que los muertos se los lleven.

— *Voy a matar poroto (mono capuchino). Y tiró una flecha.*
— *Pero eso no es poroto. Sólo es una rama, dijo la mujer.*
Okormi se fue, agarró el mono y ella lo comió crudo.

Por la noche, el hombre siempre dejaba la mujer. Otro día mató un mono araya, y así seguían y seguían, hasta llegar a un lugar llamado Tayaya, muy lejos. Se pararon y el hombre dijo:

— *Allí tienes que quedarte tranquila, quieta, sin moverte.*
Todo era como piedras, todas regadas: rocas acantiladas.

El muerto así quietecito se escurrió, se deslizó y, hundiéndose, logró pasar por el otro lado.

— *Ahora ¡ven! dijo. Haz como yo, pasa por aquí.*

— *¿Cómo voy a pasar? ¿Cómo hago para que las piedras no se muevan? preguntó la mujer. ¡Voy a romperlas!*
Y así pasó.

— *Eso no se puede, eso no se puede, dijo el muerto. No podemos seguir así. Tienes que quedarte tranquila, tienes que escucharme. Si te digo de hacer eso, ¡tienes que obedecerme!*

Luego llegaron donde había agua. Para la mujer había poca, un poquitico, pero para el muerto era como un río, como un mar.

Sobre la orilla opuesta había un perro.

— *¿Qué viene por allá? se preguntó el perro. Vamos a ver lo que es y si se encuentra alguien. Vio el muerto y se acordó que ese hombre cuidaba mucho su perro. Por eso se dijo:*

— *Tengo que ayudarle a cruzar el agua.*

[Nosotros pensamos que si un hombre cuida bien su perro, éste le ayuda cuando se muera.]

Entonces el perro dijo al hombre que le agarrara la oreja para pasar el agua. También es así que la mujer logró pasar el agua, que para ella era pequeña.

*Del otro lado había todas clases de cesterías, por todos lados, pero algunas no estaban acabadas todavía. Había *menuri*⁷, *tipishè*⁸, *mitoshi*⁹, *petaka*¹⁰ ... y también todo lo que se trenza : *mayu*¹¹, *pipi*¹², *wané*¹³ ... Nada de acabado.*

El hombre advirtió a la mujer que no tocara nada. También había ranas, ranitas, sapos...

El que creía que conocía el camino iba derecho, pero podía equivocarse. Porque había distintos caminos: uno como de gusanos, otros de ranas, muy estrechos, finitos. Él que no sabía iba por el camino de los gusanos.

La mujer pensaba que sabía. Tomó una cesta y ésta se rompió en seguida. Se equivocaba, creyendo que sabía.

⁷ *menuri* : cesta de tejido flojo que las mujeres usan para llevar la comida del conuco o los objetos de la familia.

⁸ *tipishè* : pequeño *menuri* de tejido apretado.

⁹ *mitoshi* : *menuri* muy pequeño de tejido apretado, únicamente usado para contener los granos de maíz que las mujeres van a sembrar.

¹⁰ *petaka* : estera grande puesta debajo de unas esteras más pequeñas (*apoto*) sobre las cuales duermen los Yu'pa.

¹¹ *mayu*: pequeña bolsa de algodón tejida.

¹² *pipi* : abanico para avivar el fuego

¹³ *wané* : venda atada al *menuri*, que permite llevarlo sobre la espalda, apoyándola sobre la frente.

Siguieron caminando hasta llegar donde había de todo : po (yuca), shak (batata), ku (malanga) ... de todo. Durmieron allá y por la madrugada, con aquellas mujeres que estaban allá donde los muertos, la mujer se fue a buscar auyama. Eran piedras. Entonces la mujer las botó.

— *¿Por qué no las guardas? preguntaron las demás.*

— *Son piedras, eso no es auyama, ni es ku.*

— *Pero ¡no! Tú no sabes nada. Tú no tienes los ojos como nosotras, ¡estás ciega!*

— *No. ¡Son Ustedes las ciegas!*

Pasaron días y días. Y el hombre empezó a cansarse de esta mujer que no sabía nada. Entonces dijo:

— *No puedo quedarme con esta mujer, no sabe nada, no quiere entender nada. Voy a devolverla a los suyos.*

Una vez más la mujer se fue con las otras, y se equivocó. Hablaba con todas. Y él le dijo:

— *No tienes que hablar con todas, sólo con aquellas que conoces. Si no todo va a desaparecer.*

Había tortugas. Ella agarró una.

— *¡Cuidado, es un tigre! gritaron las mujeres, huyendo de tanto miedo que tenían.*

— *Ellas no saben, se decía la mujer. Tienen miedo. No es un tigre, es una tortuga.*

[Había también golondrinas. Cuando cantaban, los muertos se morían otra vez. Pero si no cantaban los heridos se curaban, retomaban vida, mientras los demás quedaban muertos.]

La mujer empezó a aburrirse y le dijo a Okormi :

— *Tengo ganas de regresar donde mi madre. Me acuerdo de ella muy a menudo y la echo de menos.*

El hombre lo dijo a las mujeres muertas:

— *Ya la mujer mía se quiere ir de aquí, quiere ver a su madre.*

— *A ver lo que va a decir la madre de que ella se vino conmigo.*

— *Si, la madre debe ser muy brava, contestaron ellas.*

— *Bueno ella verá lo que pasa allá.*

Entonces la mujer dijo adios a los muertos y cuando llegó a casa de su madre encontró a sus hermanitos que se quedaron muy sorprendidos. La abrazaron sin preguntarle nada. La madre estaba con su marido en el conuco, buscando comida. Los hermanitos les gritaron :

— *¡Ha regresado nuestra hermana! ¡Ha regresado nuestra hermana!*

— *Pero ¿de dónde viene? preguntó la madre. Y ¿por qué desapareció tanto tiempo! Eso no me gusta.*

Nacidos de la fuente de las palabras, del verbo, posiblemente al origen del pensamiento, los mitos han sido inventados por los hombres para llenar el vacío, explicarlo, introducirse en el universo entero, entenderlo, decir su existencia y la de todas las cosas.

Así exponían toda la creación de su medio ambiente en una fabulosa escenografía, la hacían comprensible para su entendimiento. Al mismo tiempo que tomaban posesión de ella, se sometían irremediablemente a ella, es decir al poder de lo imaginario, de las palabras.

Generaciones tras generaciones, desde el recién nacido hasta el más anciano de toda sociedad, y de una región a otra, la mitología los precedió y los siguió en el sabio *bricolage* del tiempo y de la historia de la humanidad. Con la mitología, a través de los mitos, los hombres decían su identidad, su mundo inmediato y cósmico – lo mineral, lo vegetal, lo animal. La tierra, el agua, el aire, el fuego, todas las “producciones” de la naturaleza participaron de estas grandes explicaciones místicas. Los hombres la llevaron, la aprendieron, la transmitieron como verdad constantemente revisada, hasta la desaparición de su sociedad, de su cultura, de su modo de ser, de su persona.

Así como los innumerables grupos humanos que en el transcurso de los tiempos han caminado por todas partes en este planeta, desde los lugares más remotos hasta los rincones más escondidos – las selvas densas y húmedas, los desiertos vacíos y ardientes, los espacios helados, los páramos ventosos, lluviosos – hasta el encuentro con nuestra civilización, los Yu'pa también dijeron el universo mítico que era la herencia vital, preciosa, social de sus antepasados quienes siglos tras

siglos llevaron esta historia hoy olvidada, desconocida, borrada.

Según nuestro conocimiento, los Yu'pa ingresaron a la historia escrita hacia 1531-1532, poco después del descubrimiento de la tierra que hoy conocemos como Venezuela, por Cristóbal Colón en su tercer viaje (1499). Los conquistadores que se adelantaron hacia el sur en búsqueda del oro atravesaron la sierra de Perijá donde encontraron a unos indígenas vestidos de mantas y gorros de algodón quienes, como los Yu'pa, cultivaban y comían maíz. Los llamaron *Guanao* o *Coanao*, pero aunque estas características culturales se encuentran en muchas partes de los Andes, es razonable pensar que encontraron los antepasados de los Yu'pa actuales o algunos familiares de ellos.

Con el tiempo, la historia logra precisar su identidad. A partir de 1750, entre los grupos de la sierra – esos confines de los Andes monumentales entre Atlántico y Pacífico – los “conquistadores” llegaron a distinguir los *Arotomo*, los *Coyamo*, que más tarde subdividieron en *Macuayo*, *Macoa*, *Chaque*, los *Mape*, *Pariri*, *Yasa*, *Chaparru*, y entre los llamados hoy en día *Manhapahé*, *Atapahé* que los Yu'pa reconocen como sus antepasados.

Desde los tiempos “primeros” llevaron hasta hoy estas palabras que dicen el sentido de su ser, su vínculo con la naturaleza, las estrellas, la luna, los árboles, los animales, el origen de las reglas de su sociedad, cada generación retocando los mitos en su feroz voluntad de inscribirse en el presente. En el discurso de la comunidad, todo estaba siempre en su lugar.

Aguantaron la colonización y el nacimiento de la nación venezolana, se vieron obligados a percibirse de otro modo, a cambiar su manera de ser, de ver. Rechazados, cayeron en las redes de nuestra historia o se refugiaron en lo alto de la sierra, resignados, arrinconados. Esperaron, escucharon mientras pasaba el tiempo. ¿Que ha sido de ellos, de su cultura, de sus mitos? Por pedazos, poco a poco, su mundo se deshizo, se arruinó, a pesar del cuidado de los viejos. La economía "racional" les había derrotado.

Cuando encontramos a los del Macoita en sus casas, se reconocían Yu'pa todavía, quizás porque quedaba una vieja *kohiricha*¹⁴ de algodón en el fondo de una cesta, o porque las mujeres seguían haciendo la *tuka*, o porque los hombres tocaban flauta, y todos cantaban y bailaban para la fiesta de los *kuhe* o la de los niños.

Pero el progreso había violentamente dividido las comunidades: por un lado, los jóvenes atraídos por el mundo de los *watiya*¹⁵ y su mitología del maestro dinero; por el otro, los ancianos con su nostalgia de los tiempos pasados. Entre los dos ya no existía ningún diálogo, sino caótico, diálogo de mudos.

En esa historia del tiempo, la sociedad yu'pa experimentaba y exprimía su destino en marcha. Entonces, a finales de los días, sentados sobre nuestros tacones, apoyados contra la pared de adobe tibia, nos encontrábamos con los viejos que, inagotables, nos transmitían su último mensaje. Felices, hambrientos de palabras, asombrados que alguien les prestara atención, volvían a sus raíces, sus recuerdos, en esos

¹⁴ *Kohiricha*: manta de algodón.

¹⁵ *watiya*: los extranjeros, los blancos, y los venezolanos.

lugares donde los personajes míticos se reunían en sus bocas con sus antepasados, los *Atancha*.

Y ahora ¿qué va a pasar con toda esta mitología que dio luz al hombre, a su universo, a su sociedad? ¿Qué quedará de los Yu'pa dentro de poco? ¿Qué son ya hoy? .

Acordémonos de todas esas sociedades indígenas que constituyeron la humanidad, de las naciones que se erigieron derrumbándolas, laminándolas, haciéndolas desaparecer. Se puede fácilmente imaginar que de los Yu'pa, como de los demás, no quedarán más que unas pocas huellas, palabras sin vida, esparcidas como polvo entre las páginas de unos misteriosos escritos, libros celosamente guardados en unas torres de Babel en llamas.

Las naciones no habrán alcanzado el genio fantástico de la extraordinaria dimensión cultural plural. Con frecuencia, y con una violencia significativa, habrán poco a poco reducido la totalidad de estos discursos identitarios a los únicos parámetros que impone la rentabilidad económica, y nada más.

Para los indígenas, los Yu'pa en este caso, el futuro es irremediable. Enfrentados a la violencia de una actualidad cotidiana traumatizante, en contra de la cual se les deja en una extraña soledad, esperando días mejores, no queda más remedio a esos hombres y mujeres, como a sus hijos, que sobrevivir dentro de las ruinas de su cultura social, con los desechos de nuestra economía "racional".

En estas relaciones de sordo-mudos, unos tras otros, en un aislamiento dramático, los ancianos desaparecen en un

silencio espantoso mientras los niños nacen en un mundo desordenado, tumultuoso.

Imagínense ahora cuál puede ser el destino de cualquier mitología en esta situación. Se ha escrito que la condición humana es inseparable de la mitología. Pero ¿cuál mitología? Claro, sabemos muy bien que a lo largo de su trayectoria en el tiempo y el espacio, todas estas “historias” han sido modeladas, adaptadas generación tras generación hasta llegar a nosotros. Podríamos imaginar que los Yu’pa de nuestros días lograrán seguir esta sabia relación con sus antepasados para llevar más lejos este frágil hilo de Ariadna de su imaginario. Una de las condiciones lógicas de la existencia y de la perennidad de estos mitos queda entonces en la perennidad de la comunidad. ¿Qué es y será de ellas entre los Yu’pa en un mundo donde ya apareció el individualismo bárbaro del malandro, del más vivo?.

En la sierra, todas las comunidades cayeron bajo el choque del encuentro con nuestra economía. El cambio introducido por las cosechas comerciales, las subvenciones, los créditos diversos como por el crecimiento demográfico desenfrenado desequilibró peligrosamente el sentido y la existencia de las comunidades hasta que algunas se deshicieron bajo los efectos de hondos conflictos, abarcando individuos e historia.

Con el tiempo, en las heridas y el espanto, en algunos casos vimos y vemos por aquí o allá unas tentativas de reconstituciones; renacieron alrededor del sentido familiar que al fin y al cabo permite a todos y cada uno de enfrentar esa realidad tan problemática. Ahí juntos llegan a veces a encontrar respuestas a los problemas urgentes de la actualidad.

A veces, individuos, familias nucleares regresan después de una larga y peligrosa bajada hasta los ilusorios espejismos de la civilización que les dejó botados en la miserable marginalidad de las afueras de todo.

¿Sería posible que esas aventuras de los unos y los otros, esas bajadas hacia la “economía”, el infierno del llamado “progreso”, logran alimentar el renacimiento de la mitología?. Es posible, con tal regrese el tiempo que le permita renacer, y que las condiciones comunitarias que le dieron vida y sentido no desaparezcan para siempre.

Entonces el genio del hombre sabrá conservarle la función explicativa del nuevo orden de las cosas y de la naturaleza en la cultura *yu'pa* y en el pensar de la rentabilidad económica, a condición de que los mundos enfrentados reconozcan como necesaria y válida la identidad cultural.

Para concluir esta pequeña reflexión sobre la mitología y el tiempo, les contaremos lo que nosotros vivimos durante nuestra permanencia entre los *Yu'pa* del *Macoita*. Esta historia no hace directamente referencia a la mitología sino a lo legendario; demuestra el poder del imaginario, la necesidad casi imperativa que tienen los *Yu'pa* de integrar lo extraño a su cultura, a las estructuras de su pensar, de dar sentido a ciertos hechos o situaciones nuevas.

Llegamos por primera vez a la Sierra de Perijá en 1975, con nuestra hija de quince meses, y permanecemos año y medio con el subgrupo *Macoita*, para un trabajo de campo que iba a permitirnos redactar nuestras tesis de doctorado, y por eso vivimos entre las comunidades de *Sirapta*, *Samamo* y *Aroy*. De nuevo en los años ochenta, permanecemos varios

meses en la sierra, con nuestros tres hijos. Allá siempre vivíamos en nuestra choza, o compartiendo el techo de alguna familia. Realizando nuestra investigación, seguíamos a los Yu'pa a dondequiera que iban, a los conucos, de caza o de pesca, aprendimos su lengua, comimos lo que comían, todo eso para conocerlos mejor, día tras día. La familia con la cual vivíamos más a menudo nos adoptó como parientes, lo que no tiene nada extraño: ya que los indígenas nunca se llaman por su nombre sino por el término de parentesco que los vincula, también nosotros fuimos hermanos, padres, hijos, primos, tíos, sobrinos, abuelos o nietos de los miembros de la comunidad, y también *Patimo* y *Patihano* (padre y madre de Pati, el nombre que dieron a nuestra hija). Pero como ningún *watiya* nunca había compartido su vida de esa manera, comiendo maíz, plátano, yuca, ñame, caracoles, monos, *kuhe*, bebiendo *tuka*, durmiendo sobre esteras en la tierra, caminando por la sierra, empezaron a preguntarse qué tipo de gente éramos de verdad. Sabían por supuesto que no éramos Yu'pa, pero tampoco podíamos ser totalmente *watiya*. Los ancianos lo pensaron, lo discutieron mucho entre ellos y por fin encontraron una respuesta satisfactoria. Entonces, una noche, Carlito contó esta historia :

"Hace mucho mucho tiempo, cuando llegaron los españoles, un Yu'pa se fue hacia el otro lado de Kuna Yuatpe (el Mar Grande), llegó a un país llamado Francia, y se quedó allí ; se casó con una watiya, tuvieron hijos, que también se casaron con watiya, y así lo hicieron los hijos, los nietos, bisnietos y tataranietos de ellos, hasta que uno de sus descendientes regresó a su tierra con su familia. Por eso les gustan nuestra vida y nuestra comida, por eso viven como nosotros... "Así que somos un poco Yu'pa, y ya no lo dudamos después de la acogida que nos hicieron los de Sirapta el año pasado, cuando les visitamos de nuevo después de tantos años de ausencia.

RESUMEN

Los autores se acercan a la representación del tiempo de los Yu'pa de la Sierra de Perijá en Venezuela, a través de dos de sus mitos, uno heredado de sus antepasados, otro creado recientemente por ellos como explicación a la presencia entre ellos de estos dos antropólogos.

Palabras-claves: Mito, Tiempo, Yu'pa, Extranjero.

ABSTRACT

The authors approach the representation of time that the Yu'pa of the Perija Sierra of Venezuela have. They do this thanks to two myths, one inherited from their ancestors, the other created recently by them as an explanation of the presence, among them, of these two anthropologists.

Key-words: myth, time, Yu'pa, foreigner.
